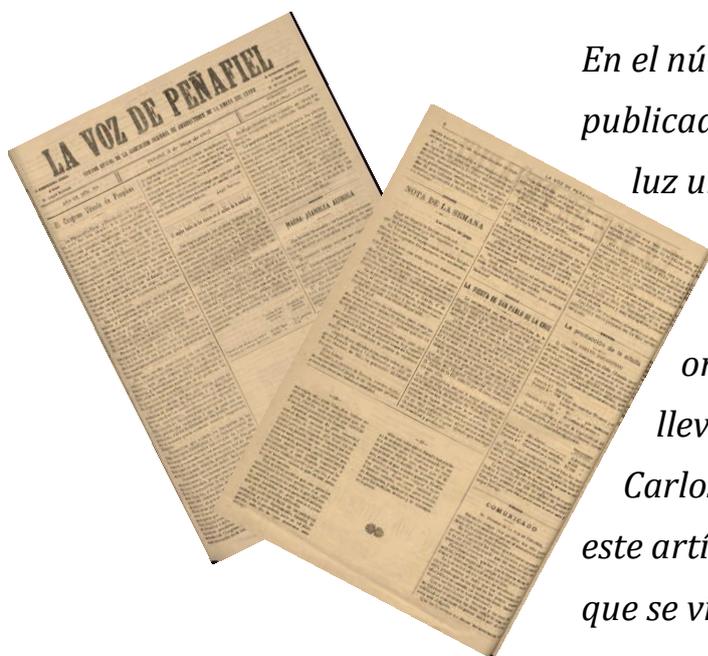


La Voz de Peñafiel en el tiempo

LA FIESTA DE SAN PABLO DE LA CRUZ

Carlos Calvo Alonso



En el número 299 de La Voz de Peñafiel, publicado el 3 de mayo de 1912, vio la luz un interesante artículo sobre la fiesta de San Pablo de la Cruz, en honor del fundador de la orden de la Pasión. El artículo no lleva firma.

Carlos Calvo Alonso nos introduce con este artículo en la religiosidad popular que se vivía en la época.

Estamos en la primavera de 1912, y por esas fechas el afán regeneracionista de *La Voz de Peñafiel* y su preocupación por la alarmante situación de la agricultura de la Ribera se abordaba decididamente desde los enfoques de la prensa adscrita a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, fundada en 1909 por el padre Ayala,¹ y en pro de la acción social católica, que venía cobrando auge desde la publicación de la Ley de Sindicatos Agrícolas de 28 de enero de 1906.

Se ha estudiado el papel contrarrevolucionario de las asociaciones agrarias católicas, impulsadas en la segunda década del siglo pasado por hombres como Antonio Monedero — terrateniente de Dueñas— o el jesuita Sisinio Nevares, y también se ha reconocido el balón de

oxígeno que los sindicatos católicos pudieron aportar al pequeño campesinado en algunas ocasiones. “Es difícil, por otro lado, separar las actuaciones estrictamente religiosas (procesiones, fiestas, etc.) de la acción católica-agraria”². Y, desde luego, no se puede desligar esta tarea de la labor continua de propaganda llevada a cabo por las predicaciones, el boca a boca cotidiano e influyente de la “gente de orden” y los mensajes de la “buena” prensa afín.

Si esto es así, merecerá la pena echar un vistazo a *La Voz de Peñafiel* para ver cómo abordaban sus redactores la información religiosa. Elegimos hoy un artículo del semanario que puede ser una buena muestra de sus crónicas sobre ceremoniales piadosos y dejamos para una próxima ocasión el análisis de las palabras de la

¹ González Cuevas, P.C., *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, pp. 223-231.

² Castillo, J.J., *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesinado en España (La Confederación Nacional Católico-Agraria, 1917-1942)*, Servicio de Publicaciones Agrarias, Madrid, 1979, P. 70

religión: el lenguaje de los púlpitos y los editoriales.

Advirtamos primero que para recordar las prácticas piadosas de principios del siglo pasado hemos de situarnos en la tradición heredada del siglo XIX, cuando los nuevos retos provocados por el pensamiento de la Ilustración exigieron una respuesta de más estricta espiritualidad; frente a la racionalidad, la religiosidad no podía defenderse, obviamente, con más racionalidad. En estas circunstancias, la Iglesia católica, que desde el siglo XVIII ya venía intentando poner coto a los excesos rituales del barroco, hubo de incrementar sus esfuerzos para purificar sus ceremonias y dotarlas de un mayor grado de persuasión íntima. Convicción y orden, pero también proyección externa, porque la práctica religiosa oficial, que tiende siempre a controlar lo popular, no puede anularlo: la presencia del pueblo es imprescindible para demostrar la pervivencia del ascendente de la Iglesia en la sociedad³.

El siglo XIX católico fue por ello un siglo de nuevas advocaciones y cofradías renovadas, de misiones populares, catequesis y otras didácticas de púlpito, de peregrinaciones y procesiones bien organizadas, de órdenes religiosas que se incorporan a la enseñanza, de apariciones y neomisticismos... Fue el siglo de Lourdes, de las Hijas de María, del Niño Jesús de Praga, del Corazón de Jesús...

En este contexto, *La Voz de Peñafiel*, que se hacía eco de vez en cuando de las fiestas religiosas y actividades de las cofradías más tradicionales⁴ —el Ángel, San Sebastián con sus bailes *bastianos*⁵, San Bartolomé y sus dulzaineros, los sorteos de cerdos por San Antonio Abad...—, dedi-

³ Una visión de la relación entre religión oficial y religión popular en *El contexto de la religiosidad popular*, González García, J.L., en **La religiosidad popular I. Antropología e Historia**, Álvarez Santaló, C.; Buxó i Rey, M. J. y Rodríguez Becerra, S. (coords). Barcelona, 1989.

⁴ La fiesta del Corpus fue reinstaurada por Pío X en 1912. A partir de esta fecha leemos en *La Voz* anuncios sobre las predicaciones de su octava, pero no crónicas de las procesiones.

⁵ **Noticias**, s/f, *La Voz de Peñafiel*, núm. 316, 24 de enero de 1913. Yo no había oído hablar de los bailes de los *bastianos* hasta leer esta referencia del semanario; sería bueno saber en qué consistían.

caba preferentemente sus crónicas religiosas a las prácticas de culto más renovadas y mejor controladas por el estamento religioso oficial: novenarios del Carmen, triduos del Apostolado de la Oración, celebraciones de Santa Clara o Santa Ana..., ceremonias alejadas del jolgorio popular poco controlable e impregnadas de ese orden y circunspección que tanto gustaba a don Ángel Barroso y a sus colaboradores.

No es raro, entonces, que los pasionistas fueran muy elogiados en el semanario por su buena mano para organizar ese tipo de actividades bien regladas.⁶ A los “pobres hijos de la Pasión”, fundados por San Pablo en 1720, la movilización católica decimonónica les había venido de perlas, dado su cometido fundacional: predicar y extender la devoción íntima a la Pasión de Cristo. Aunque eran vecinos relativamente recientes de Peñafiel —se habían instalado en el viejo convento de San Pablo en 1882—, todo parece indicar que en treinta años habían conseguido adquirir un papel importante en la dinamización religiosa de la villa. En 1895 habían constituido la cofradía de seglares de la Pasión, que tanto juego daría durante todo el siglo XX; proporcionaban predicadores y oficiantes a diversas celebraciones, habían reordenado viejas devociones, como la de la Virgen Chiquitita, y lideraban otras advocaciones de cuño más reciente, por ejemplo la del Niño Jesús de Praga —especialmente dedicada a la catequesis y al fomento del fervor infantil— muy de moda en España desde finales del XIX. En aquella época la orden no poseía todavía un santoral muy extenso —Santa Gemma Galgani había muerto en 1903 y San Gabriel de la Dolorosa, que había estrenado altar en Peñafiel hacía muy poco, aún no estaba canonizado—, pero habían conseguido colocar la fiesta de su fundador en la lista de los días más señalados del calendario religioso de la villa.

Efectivamente, no faltó de nada aquel 28 de abril de 1912 en la fiesta de San Pablo de la Cruz: devoción en la madrugadora eucaristía matinal, contundencia social y solemnidad en la bien cantada misa mayor de media mañana, propaganda beligerante en las predicaciones de

⁶ “... todo ello dispuesto de la manera que saben hacerlo los pasionistas”. Alonso B., **Solemnes cultos en honor de San Pablo de la Cruz**, *La Voz...*, núm. 38, 2 de mayo de 1907.

un orador de reconocido prestigio y una procesión vespertina —aguada por el mal tiempo— dedicada a redefinir el espacio público extendiendo el territorio de lo sagrado por las calles del pueblo para mostrar en ellas el fervor religioso de una nutrida multitud de creyentes, autoridades civiles incluidas.

Tampoco se echaron de menos aquel día los ágapes de fiesta, tan propios de todas las cofradías. Ahora bien, si se nos hace un poco difícil pensar en los redactores de *La Voz* acudiendo con su jarro al portal del mayordomo de una cofradía tradicional a recoger el cupo de mantecadas y limonada, o vociferando en la bodega durante la subasta de las andas de San Roque, no nos cuesta nada sospechar su presencia respetable entre las fuerzas vivas del pueblo durante el “bien servido banquete” de los pasionistas. Nos los imaginamos fácilmente comentando elogiosamente el espíritu de cruzada del sermón vespertino del padre predicador, pues la cuestión religiosa era especialmente punzante por aquellas últimas fechas del gobierno del malogrado Canalejas. Pero dejemos ahí nuestras suposiciones; los mensajes religiosos de *La Voz* merecen un análisis detallado y hemos dicho que de ellos hablaremos otro día.

Reparemos, por fin, en que cualquier lector entrado en años recordará haber vivido celebraciones muy semejantes a las que se describen en el artículo que hemos seleccionado. En realidad, una de las razones por las que hemos elegido este texto es porque muestra muy bien la vigencia que en nuestra villa tuvieron las ceremonias religiosas decimonónicas hasta casi finales del siglo XX.

LA FIESTA DE SAN PABLO DE LA CRUZ

La solemnidad con que los pobres hijos de la Pasión celebran la Fiesta de su Santo Padre Fundador, ha hecho que constituya en esta Villa y sus pueblos como de excepcional devoción, siendo cada año mayor el número de los que concurren.

La de este año, ha llamado la atención por la extraordinaria concurrencia, pues desde muy temprano y á pesar de lo desapacible del día,

llegaban gran número de devotos de los pueblos, para asistir a la misa de comunión, en la que cientos y cientos de personas de todas las edades, clases y condiciones, se acercaron á recibir el manjar del Cielo.

A las diez dió principio la misa mayor, en la que por tradicional costumbre oficia el virtuoso Capellán del Hospital Provincial de Valladolid, D. Carlos de la Cal, asistido por el clero parroquial de esta villa.

El panegírico, estuvo á cargo del elocuente orador ya conocido en ésta, Padre Ascúnze, de le Residencia de Jesuitas de Valladolid, quien con esa frase tan castiza que le es peculiar, hizo resaltar la figura del crucificado con Cristo, San Pablo de la Cruz, probando con los hechos notables de su vida penitente cómo ganó tantos millares de almas para Dios y el gran ejemplo que nos dejó de humildad y penitencia.

La misa fue muy bien interpretada por un cuarteto de jóvenes músicos de la Filarmónica, y admirablemente cantada por los alumnos de la orden.

Por la tarde después de vísperas otra vez y á instancias de los fieles volvió el Padre Ascúnze á ocupar el púlpito, y en una breve pero inspirada y fogosa plática, cantó las excelencias de la Santa Cruz, con los hechos más notables que registra nuestra Historia Patria, cuando venció en mil combates con la Santa enseña.

La procesión que ocupaba una larga extensión, tuvo que acortarse por el mal tiempo, resultando muy bien ordenada y dirigida; fue presidida por el Sr. Alcalde y Juez de Instrucción, á los que acompañaban muchas y muy distinguidas personas de ésta.

Los Rdos. PP. Pasionistas, obsequiaron al clero, autoridades y varias personas con un bien servido banquete.